

lo que dice Iriarte en sus *Memorias*: el nombre de porteño era detestado por los gauchos de Güemes.¹¹¹

Respecto del caudillo salteño, Paz le atribuye el haber indispuerto la plebe «con la clase más elevada de la ciudad», lo que posteriormente será rechazado por Frías. Al muy letrado general cordobés le repugna la relación sin distancias que Güemes mantiene con sus hombres, su manera de hablar con ellos. Lo que no impide a don Juan Martín mostrarse como lo que es: un hombre de una posición superior exhibida en su vestuario y en los arreos de su cabalgadura. Paz puede entender y señalar los motivos que tiene el «paisanaje» para profesar fidelidad al caudillo. Pero en tanto culto hombre de ciudad le repugnan las maneras, los gestos y las palabras de una relación que reduce las distancias y acaso las diferencias, pero ciertamente no las elimina. Aludiendo a Bernabé Aráoz, dice que asciende al gobierno de Tucumán en medio del escaso interés de «la parte ilustrada»; entre tanto la campaña lo acoge con entusiasmo, y en ella están las gentes que quieren sobreponerse a las personas de la ciudad.¹¹² Una vez más la dicotomía: el caos versus el cosmos.

Pero a propósito de habitantes de la campaña, Frías trae unas parrafadas harto interesantes sobre los gauchos de Güemes, o para ser más precisos, sobre el tipo de relación que ese elemento campesino mantiene con sus amos. Son los pobres del campo —dice Frías—, pobres sometidos «a la protección del poderoso»; y lo son por la posición social que ocupan «... y por su rudimentaria civilización, de origen indígena o mestizo...»¹¹³ Ellos siguen con «cariño» a la «clase pudiente», representada por los grandes propietarios territoriales, quienes a más de queridos son respetados a la manera «... de patriarcas poderosos cuya providencia protectora dispensaba la felicidad de los que vivían a la sombra de su nombre...»¹¹⁴

Dejando la felicidad a un lado, porque no nos consta que los poderosos la dispensaran, lo que aquí importa es la significación que ellos tienen para la vida de los que habitan sus haciendas. Máxime cuando se sabe que en la hacienda señorial se corporifica la influencia de la religión («avasalladora», la llama Frías), «... cuya capilla, muchas veces, se levantaba en un extremo de su propia casa, y cuyas máximas de obediencia, respeto y humildad con que el cristianismo dulcifica la suerte de los pobres y suaviza el rigor de la soberbia, estaban tan copiosamente derramadas en las costumbres y en las ideas...»¹¹⁵ Y por si no fuera suficiente, el señor es también habitualmente el jefe de las milicias locales o regionales y por añadidura el administrador de la justicia.¹¹⁶

Después de enumerar los poderes que concentra en sus manos el señor de la hacienda, ¿alguien podrá dudar sobre lo que significa su figura para la vida de sus dependientes? Y aún cabe agregar: en los hábitos que engendra una relación extraordinariamente asimétrica, ¿no deberán buscarse claves explicativas de la fidelidad de los dependientes hacia el señor?

¹¹¹ *Tomás de Iriarte, Memorias, tomo I, Buenos Aires, 1944, p. 69.*

¹¹² *José María Paz, Memorias..., edición citada, p. 166.*

¹¹³ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 391.*

¹¹⁴ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 391.*

¹¹⁵ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 392.*

¹¹⁶ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 392.*

Frías describe los elementos de una relación que se da con frecuencia en las regiones del continente hispano-luso-indígena de grandes empresas agrarias que emplean trabajo intensivo, no obligatoriamente servil o esclavo. La atadura de por vida a la hacienda señorial genera en el dependiente un complejo de hábitos y sentimientos, entre los cuales no escasea la lealtad que se expresa en el acompañamiento al señor en las empresas que éste emprende, incluso las militares. No es una relación que excluya los conflictos, pero éstos quedan considerablemente subsumidos en un clima relacional en que parece (¡sólo parece!) imperar un sistema de prestaciones recíprocas y equivalentes. Habrá que ver aquí uno de los factores explicativos del caudillismo decimonónico, seguramente no el único, pero sin duda uno a tener en cuenta. En el caudillismo y sobre todo en los acaudillados hay un componente de hostilidad hacia grupos sociales de raigambre urbana, aun cuando vinculados con el campo; en los acaudillados es una hostilidad que dirige sus tiros no siempre al explotador real e inmediato sino a gente que viste diferente, habla diferente, camina y gesticula diferente y vive en un espacio diferente: los presuntos caballeros de la urbe. Gente ésta que por lo demás es menos —o mucho menos— diestra en cabalgar, enlazar y otras artes camperas, y es físicamente menos fuerte. En el imaginario del pueblo rural la virilidad y su expresión en las artes ecuestres, en las destrezas campesinas, son tenidas por atributo supremo y constituyen una manera de autoenaltrecimiento que se contrapone a la degradación que se ve sometido.

El general Paz agrega que los caudillos aprovechan la diferencia-hostilidad, a veces odio fundado, de los grupos campesinos para con determinadas gentes de la ciudad. Y aunque Paz no lo dice, los habitantes de la campaña no carecían de razones para envolver de animadversión a determinados individuos de la urbe por explotadores y chupasangre. De aquí a generalizar podía no haber gran distancia, y al final todo individuo enfundado en una levita y viajero de un carruaje con asientos acolchados acabaría en símbolo de ofensas y humillaciones. Levas forzadas, exacciones de los primeros ejércitos de la patria (y otros no tan primerizos), actitudes de arrogancia despreciativa son factores —y hay más de ellos— a ser tenidos en cuenta cuando se computa la rebeldía campesina, que imagina al caudillo como el líder de los vengadores. Rebeldía que salda cuentas —o así lo cree— cuando se apropia de una vaca marcada con los hierros de un poderoso, o cuando somete a éste a alguna humillación que equivale a invertir los papeles: tratarlo de superior a inferior.

Sarmiento también aporta lo suyo en tratando de explicar los alzamientos montoneros en La Rioja y en particular los del Chacho. Relata que la familia del Moral «... hace medio siglo que viene condenada a perecer víctima del sordo resentimiento de los despojados».¹¹⁷ ¿Razones? «Para irrigar unos terrenos los abuelos desviaron un arroyo, y dejaron en seco a los indios ya de antiguo sometidos. En tiempos de Quiroga fue esta familia, como la de los Ocampo y los Doria, blanco de las persecuciones de la montonera». Y Sarmiento concluye: «Cómo se explicaría sin estos antecedentes la especial y espontánea parte que en el levantamiento del Chacho tomaron, no sólo los Llanos y los Pueblos de La Rioja, sino los laguneros de Guanacache, los habitantes...» de etc.¹¹⁸ Sar-

¹¹⁷ Domingo Faustino Sarmiento, *Vida del Chacho*, en *Los caudillos*, Editorial Jackson, Buenos Aires, 1945, p. 83.

¹¹⁸ Domingo Faustino Sarmiento, obra citada, pp. 83 y 84.

miento sabe que «... para remediar esta situación hacen falta capitales y una política». ¹¹⁹ No mucho después de haber escrito esto, en el discurso que pronuncia ante las cámaras cuando asume la presidencia, imputa los «... los movimientos insurreccionales que ponen a cada momento en problema la solidez de las instituciones...», a la «miseria de las clases destituidas», pero igualmente a la barbarie que tiene «su foco en las campañas», y a «la ignorancia». ¹²⁰ A la comprobación del hecho objetivo se suma el estereotipo verbal, la imagen acuñada y sedimentada en la conciencia. Pueblo, barbarie, campañas: una sola significación.

Más allá de las notas esclarecedoras que advertimos aquí y allí (y que por cierto no hemos pretendido agotar) se acabará imponiendo la imagen infamante, que no sería difícil rastrear hasta nuestros días. ¹²¹ Imagen que contribuyen a reforzar aun aquellos que como Ayarragaray, Ingenieros, Juan Agustín García (h), Ernesto Quesada y otros intentan abordar el problema desde una perspectiva sociológica menos prejuiciada. Para Ingenieros «... el caudillismo es el exponente político de la anarquía...», ¹²² y ésta, la anarquía política, producto de la «... falta de organización económica, ausencia de intereses comunes...» ¹²³ La teoría de Ingenieros puede o no ser aceptable, pero es digna de respeto. Entre tanto, mezclada con las tiradas sobre las «campañas ignorantes y bárbaras», la «irrupción del mestizaje rural» y la aceptación parcial de la tesis de Bunge sobre la «pereza colectiva» se acaba por degradar. En Quesada el prejuicio elitista queda expresado con meridiana claridad; los caudillos y «los treinta años de luchas civiles enconadas» acabarán «... por constituir una sociabilidad en la cual ni el saber, ni el abo-lengo, ni la fortuna ejercen influencia alguna, sino la audacia, el empuje del caudillo, los instintos de la plebe urbana o del gauchaje rural...» ¹²⁴ Alberdi atribuye el origen del caudillismo al «... desquicio de los intereses rentísticos y financieros de la nación, por el cual todos sus recursos de poder están concentrados en Buenos Aires, pues hacen

¹¹⁹ Domingo Faustino Sarmiento, obra citada, p. 85.

¹²⁰ Domingo Faustino Sarmiento, en *El Nacional de la Semana*, Buenos Aires, 25 de octubre de 1868.

¹²¹ El 7 de septiembre de 1930, un día después del golpe de Estado del general Uriburu, se lee en un editorial del diario *La Nación*: «Hasta pocas horas de su caída, parecía firmemente asentado sobre la venalidad, la sumisión y el desprecio de la inteligencia». Obviamente alude al gobierno de Hipólito Yrigoyen. El propio día del golpe, Julio A. Roca (h), futuro vicepresidente del general Agustín P. Justo, dirá estas palabras en el *Círculo de Armas*: «... parecían vindicarse del caudillo oscuro que les infirió el agravio de su barbarie». Quienes parecían «vindicarse» eran los «mayores» de Roca, o más concretamente el general Julio Argentino Roca, de destacada actuación militar en la lucha y eliminación de caudillos interioranos. Aquí Yrigoyen aparece asimilado a la estirpe de los Peñaloza, López Jordán, etc., y ungido con la palabra denigrante de «caudillo», a la que agrega «oscuro». En *La Nación del 7-IX-1930*. Para Federico Ibarguren, el entierro de Yrigoyen (6 de julio de 1933) «fue un lúgubre candombe», «una orgía de instintos», una «tropa desatada de primitivos», una «turba sin origen». En *Orígenes del nacionalismo argentino*, Editorial Celcius, Buenos Aires, 1969, pp. 173 y 174. Para el senador Benjamín Villafañe, el triunfo de Yrigoyen en 1916 había sido el «triunfo del extremismo en la República Argentina antes que en Moscú» (dicho en el Senado nacional en 1932), lo que dio por resultado que el país fuera gobernado por «los últimos detritus humanos venidos de las distintas regiones del globo», o sea los inmigrantes. Por eso el 6 de septiembre una «minoría selecta» corrió de la Casa Rosada a los «bajos fondos» que se habían apoderado de ella. Citado por Arturo Frondizi, en *Petróleo y política*, Editorial Raigal, 1954, p. 286.

¹²² José Ingenieros, *Sociología argentina*, edición citada, p. 183.

¹²³ José Ingenieros, *Sociología argentina*, edición citada, p. 183.

¹²⁴ Ernesto Quesada, «La evolución social argentina», *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, 1911, p. 18.